

Aquella tarde de invierno

Rodrigo Abad



Capítulo 1

AGRADECIMIENTOS

En primer lugar quiero dar gracias a todos los autores que han hecho posible que Anne pudiese formar parte de sus libros. Gracias de corazón.

En segundo lugar dar las gracias a mi madre, a Kolo y a Evelyn Mardomingo que han sido las que siempre han dado el visto bueno a estos relatos.

Gracias a los críticos, que han hecho que los relatos fuesen mejorando.

Gracias al Círculo de Aydrindril, que ha estado siempre apoyándome.

Gracias a mi hermana Estefanía por sus consejos y cariño.

Gracias a Miguel Ángel Montes, que es como un hermano y me ha aconsejado estupendamente.

Y por último y más importante, muchísimas gracias a Ana Barderas, que dio fruto a esta idea, y así le dedico el personaje de Anne.

, Rotine Drifango

~INTRODUCCIÓN

Edimburgo, 21 de febrero de 1879.

Aquella tarde de invierno era muy lluviosa. Podía sentir como mis huesos se helaban lentamente. Mi manos moradas de frío se aferraban a la estufa con desesperación mientras volvía a echar de nuevo un tronco para avivar el fuego. Creía que no era tan estúpida como para alquilar un apartamento sin chimenea en Edimburgo en pleno invierno; pero nuevamente mi mente me traicionó y por sesenta y cinco libras pasaba más frío que estando en la calle. Tomando un libro de mi maleta me disponía a leer plácidamente "Mary: A Fiction" lo encontré francamente aburrido a las pocas horas. De repente una pequeña aunque escurridiza rata salió corriendo por delante de mí, tomé el susodicho libro y corrí tras ella para atizarla un buen golpe por el susto que me causó. Llegando hasta un agujero, esta se metió dentro y comenzó a subir hasta el techo donde el ruido cesó. Algo había arriba de aquel apartamento, y yo no me iba a quedar tranquila sin averiguarlo. Abrí la pequeña trampilla y todo

estaba oscuro. Cogí la escalera montable del fondo de la habitación y la coloqué asegurándola de que no me caía; encendí una vela y la tomé en mi mano. Subí con cuidado hacia aquel desván o habitación superior. La rata había desaparecido, pero unas rendijas de luz se colaban por lo que parecía ser una ventana, me acerqué a ella, y tirando con mucha fuerza subí la persiana y dejé que la luz entrase. Asombrada pude observar que en aquel desván había dos estanterías completamente vacías, una silla y un bulto tapado por una tela blanca. Me acerqué curiosa a lo que tapaba el objeto y sin miramiento lo destapé. Era un pequeño baúl marrón y dorado que no parecía muy antiguo. Intenté abrirlo pero tenía una de las bisagras estaban oxidadas. Tomé una pequeña barra de hierro que había en la estantería y con todas mis fuerzas propiné un fuerte golpe al baúl que resonó en toda la sala pero consiguió romper la bisagra y pude abrir con cuidado el baúl. Allí había una pequeña paleta con pinturas secas, un precioso jarrón blanco y con flores azules, y... dentro de la caja había seis libros con cubiertas de colores llamativos. Tomé estos y la vela y bajé con cuidado la escalera sentándome en la cama para inspeccionarlos a fondo después de dejarlo todo como estaba cuando llegué.

Libro 1: Perdida en el oleaje

Comencé a leerlo despacio y tranquilamente, tenía una cubierta robusta de color amarilla y azulada, destacada en ella una silueta de una playa, y tenía también un tacto muy suave y a la vez regio. No sabía ciertamente si era un autor o una autora, se denominaba Kolo, para nada me sonaba de mis clases de literatura. En el primer capítulo que empecé a leer aparecía una mujer, aunque con diecinueve años para mí me parecía más una niña; estaba situado en el año 1607 y aquella muchacha se llamaba Roland Geoffrey, por la descripción de su físico fue imaginarla como una joven muy atractiva, era la dueña del Viento del Mar, un navío muy importante, pensé que era algo extraño para la época, pero ¿por qué una mujer no podía ser capitana? Sería fantástico haber dejado guardado el machismo en el siglo XVII, pero desafortunadamente eso no se había cumplido, ya que en mi época yo seguía siendo el mismo cero a la izquierda. Cerré los ojos un momento para descansar la vista por la escasa luz que me ofrecía la habitación, pero cuando los abrí todo había cambiado, estaba en un barco enorme con muchos hombres trabajando al duro sol, subiendo tablas, recogiendo y extendiendo las velas, etc. Comprendí que mi imaginación era más buena de lo que yo creía, hasta que oí una voz lejana que gritó: "¡Cuidado!", me di la vuelta y observé como una tabla enorme se precipitaba sobre mí y me dio en el abdomen. Caí fuertemente disparada de espaldas golpeándome la cabeza contra el hilo de escaleras que conducían a la parte superior donde está el timón; me desmayé.

Al cabo de más o menos una hora desperté en una cama abriendo los ojos poco a poco. Era una habitación grande y lujosa para aquellos tiempos, ¿por casualidad había cambiado de sueño? No, no podía ser ya que aquella habitación estaba hecha mayoritariamente de madera, sería una sala del barco. De repente un hombre se despertó y me observó fijamente, se levantó y salió corriendo gritando: "Ya despertó, ya despertó, la señorita se ha levantado!"

¿La señorita, despertar? ¡Vaya por Dios! Ya lo recordaba todo, me había golpeado contra aquellas dichosas escaleras, pero ¿qué estaba haciendo yo en un barco? En seguida el hombre de antes entró corriendo de nuevo, seguido por un muchacho joven, alto, moreno de ojos verdes. Se sentó frente a mí y comenzó a hablarme. Su voz, era un poco aguda, pero era dulce, melodiosa, encandiladora.

-Disculpe a este impertinente señorita, mis hombres están desesperados, llevan sin catar a una dama desde hace meses -expresó en joven con arrepentimiento.

-Oh, disculpadme vos señor, no sé qué hago aquí...

-Mi nombre es Roland Geoffrey y soy la capitana de este barco, el Viento del Mar -dijo la chica con tranquilidad.

-Yo soy Anne, Anne Gallagher, y soy la institutriz de Mademoiselle Alisse. Soy de Edimburgo, pero nací en Londres hace ya veintiocho años. Disculpe si la he ofendido en algún momento... llamándola señor...

-¿Con que escocesa eh? Bueno hace años que no visito Escocia, no sois fea ni tenéis los dientes torcidos... Por cierto puede llamarme Roland.

-Está bien señorita, vos a mi puede llamarme Anne.

-Nos dirigimos a Santa Cecilia Anne, pronto atracaremos en el muelle, será mejor que se vista más o menos acorde a la ciudad, no queremos que la atraquen pensando que es vos una princesa. Puede tomar unas ropas más... le estarán medianamente bien, están en ese pequeño armario de la izquierda.

Aquella pequeña con aire masculino se marchó hacia la cubierta, de un pequeño armario donde me indicó que debería haber unas vestiduras, era un traje de color granate, eso sí, muy bien cuidado, llevaba un corsé ajustado negro y por último la falda del mismo color granate, larga hasta el suelo con un poco de abertura a la altura de la rodilla. Tomé unas tijeras de un pequeño costurero y con cuidado corté la falda a la misma altura de la rodilla. No lo podía creer, se podía enseñar la pierna en aquel sueño. Me quité los zapatos de tacón y me puse unas botas negras que

encontré bajo la cama.

Con aquellas pintas que parecía la amante del Calico Jack subí hasta la cubierta, esperaba poder volver a ver a Roland ya que debía explicarle mi situación y si podría volver al siglo XIX. La gente del barco seguía trabajando mientras yo intentaba dar con Roland y a la vez acostumbrarme al movimiento de la marea. Ella estaba en el timón, junto a otro hombre; subí aquellas escaleras que hace menos de una hora casi me quitaban la vida.

-Bienvenida Anne, te presento a mi lugarteniente, la persona más eficaz y segura de estos siete mares -dijo entusiasmada.

-Soy Finch señorita, para servirla. -dijo besándome la mano.

-No es necesario ese tipo de cortesía señor, no soy la reina Victoria. Por cierto Roland que he de pedirte de tu atención un momento. Verás soy...

-¡Rápido! -dijo Roland mientras atracábamos en el puerto. Después me lo explicas querida, ahora debo tratar unos asuntos de "comercio".

Descendimos con ayuda de una tabla y bajamos al puerto; el hedor a pescado de hace tres días, los griteríos de las gentes intentando colocarte cualquier baratija hacían de la isla, un paisaje un poco... molesto. Mientras Roland solucionaba sus asuntos con un hombre con pata de palo, yo caminaba sin rumbo por el mercado. De repente me topé con un puestecillo en el que una mujer ciega me pidió que parase, y me sentase con ella.

-Oh joven de cabellos dorados, venida de otro tiempo, es el destino que os paréis a hablar aquí con esta anciana.

-¿Cómo dice señora? -dije deteniéndome enfrente de ella.

-¿No deseáis saber quién es el amado que os guarda? -expresó con un tono embaucador. Anda, anda, siéntate jovencita.

Permanecí de pie, pero me acerqué a la vieja para escuchar aquellas mentiras jugosas que salían de su boca sin muelas.

-Oh sí, lo veo - dijo tomándome la mano.

"Un joven muchacho de cabello corto, encontrará a una niña de pequeña estatura, escucha lo que te digo no es ninguna tontuna; si joven muchacho por ella lucha, tu no tendrás gloria"

El puestecillo desapareció, y yo continuaba allí con los ojos cerrados. Roland se acercó a mí indicando que ya había terminado sus asuntos y

que podíamos marcharnos, pero de pronto una niña pequeña se abalanzó sobre nuestros pies, agotada. Era muy linda y también tenía aspecto de muñeca. La pobre estaba cansada y Roland la ayudó a levantarse mientras la muchacha señalaba a dos hombres que la estaban persiguiendo.

-¡Rápido, llévatela al barco! -chilló Roland con fuerza mientras desenfundaba su espada.

Corrí con ella a cuestas cuanto pude por intentar protegerla y la subí rápidamente al barco, besé su frente y me bajé de nuevo en busca de Roland que peleaba fieramente contra los malhechores. Un hombre se colocó detrás de él y pretendía clavarle un puñal, aunque en un momento de desesperación mi parte salvaje interior emergió y tomó la pistola de un alguacil, apunté y con fuerza apreté el gatillo. Hubo un fuerte silencio en mi cabeza, y aquella bala consiguió acertar en la mano de mi objetivo que lleno de dolor tiró el cuchillo y cayó al suelo sangrando. Roland y Finch corrieron hacia mí y pudimos volver a subir al barco.

-Muchas gracias Anne, no querría saber que podría haber pasado si no hubieses aparecido de repente.

-No tienes por qué darlas Roland, has luchado muy bien.

Un nuevo silencio se formó en mi cabeza y la imagen de Roland comenzó a disiparse. Unos nudillos apretaban fuertemente la puerta de la habitación y consiguió abrirla.

-Señorita, vengo a buscarla de parte de Mademoiselle Alisse -dijo un hombre vestido de negro y blanco como si fuese un chambelán.

-En seguida -dije tocándome la cabeza y mirando a mis manos.

El libro había desaparecido y con él Roland y aquella pequeña niña a la que salvé la vida. Cogí los otros libros y los guardé bajo mi cama. Tomé mi abrigo y fui camino de la calesa que me llevaría a casa de mademoiselle Alisse. En mi vida, una persona, había despertado tanto amor sobre mis sentidos.

Anne Gallagher

Libro 2: Croquetas y wasaps

Tres días más tarde volví a mi apartamento de Edimburgo, mademoiselle Alisse había sido puesta en cuarentena, ya que estaba enferma y me dijeron que no podía quedarme con ella.

Entré dentro, y seguía haciendo tanto frío, como el día cuando lo alquilé; encendí una vela y me preparé un caldo muy líquido para comer algo, pero entonces, vinieron los libros a mi cabeza. Me terminé el caldo rápidamente y corrí debajo de mi cama, allí estaban aquellos libros mirándome con su ojo interior. Cogí uno de ellos, al azar. He de decir también que la cubierta era muy rara, jamás había visto algo parecido, aparecía un oreja, un gran círculo verde, y también un bote con bolas amarillas. Lo más curioso, fue su título: "Croquetas y wasaps" no sabía pronunciarlo, cocretás o wasaparás ni idea, era de una tal Begoña Oro, por el nombre pude deducir que era una mujer española, afortunadamente mi tía también lo era, (mi tía Dolores) y me enseñó español; y por lo de Oro... debía de ser una mujer muy rica.

Empecé a leerlo, la verdad es que aquellos capítulos eran muy cortos, y las poesías del principio me encantaron; todo trataba de una chica, llamada Clara, y por lo que pude deducir al primer momento, ella estaba enamorada de un chico. También conseguí leer que su abuela había muerto, sus padres separados y que tenía un amigo raro, raro que vestía siempre de negro. Dejé de leer un momento, aparecía la palabra "Gloss", ¿qué era un gloss? Ni siquiera pensé que vendría en el diccionario. Me quedé dormida de tanto pensar y creo que pasaron un par de horas; cuando abrí los ojos me encontraba en un parque, de nuevo pensé... ¿Cómo narices he llegado yo aquí? Y de nuevo algo me golpeó la cabeza, era una especie de bola blanca y negra que me dejó caer al suelo. ¡Au! –exclamé con dolor. Una chica de pelo alborotado se acercó a mí y me preguntó rápidamente:

-¿Se ha hecho daño señora? –dijo la muchacha con precisión.

-Tranquila señorita, creo que estoy bien, pero me he golpeado al cabeza.
–comenté rascándome el pelo.

-Han sido esos niños traviesos, siempre jugando al fútbol sin mirar.

-¿Al fútbol? –dije muy extrañada, ¿Qué sería eso?

-Sí estaban jugando al fútbol, soy Clara, un placer.

La muchacha me ayudó a levantarme y pude incorporarme para hablar con ella.

-Oh, el placer es mío, soy Anne Gallagher.

-Ah, así que ¿es usted inglesa?

-Sí bueno... más bien escocesa, aunque mi apellido diga lo contrario.

-Verá si necesita algo... llamar a algún familiar o pedir un taxi avíseme
-dijo Clara marchándose hacia un banco donde antes había estado acompañada, pero al llegar no había nadie.

-Clara... ¿te llamas así no? Ese chico con el que hablabas...

-¡No es nadie! Tranquila, es solo... un amigo.

-No hace falta que se ofusque señorita, se nota que vos lo ama.

-¿Cómo lo sabes?

-Por la forma en que lo miras, porque te ofusca no poder tenerlo a tu lado y porque no sabes cómo hacer para contentarle.

-Tengo que irme a casa ya... será mejor que tú te vayas también.

-Te contaré un secreto Clara, yo no pertenezco a este lugar, yo estaba en mi apartamento de Edimburgo leyendo un libro y de repente he aparecido aquí.

-Anda, vente, que hace frío ya me contarás otra historia en casa -dijo riéndose y pidiéndome que la acompañase.

Caminamos un rato en el cuál yo le expliqué que venía de tiempo diferente y también que no pertenecía a ese lugar; ella yo creo que me tomó por una chalada pues se reía, pero cuando llegamos a su casa me pidió que no hiciese ruido. Pasamos dentro y era una casa modesta, tenía un montón de utensilios que en la vida había visto antes.

-¡Moñaca, ven a ver esto! -sonó una voz desde el fondo.

-Es mi abuelo, no te preocupes, oye, ¿no vas un poco... anticuada? Perdona si te ofendo pero creo que esos vestidos ya no suelen llevarse...

-No tranquila, donde yo vengo si los compra la gente... es lo más nuevo que tengo.

Recorrimos un largo pasillo, y por fin llegamos al salón donde su abuelo, un hombre bastante mayor llevaba una especie de óleo debajo del brazo y también portaba un instrumento irreconocible a mi vista (un mando de televisión). Me quedé embobada mirando aquella caja negra en la que

había personas hablando.

-¿Moñaca, quién esta chica tan guapa? –dijo el abuelo señalándome.

-Nadie abuelo, se llama Anne y se ha perdido, la he dicho que podía venir a casa.

-¿Tú sabes lo que pasará si se entera tu madre no?

-Pues mejor que no se entere, o tendré que contarle... ya sabes que...

-Anda, te he dejado unas galletas y un zumo en la cocina, sabría que vendrías a merendar.

-Anne, ¿te apetece merendar?

Mientras yo seguía embobada por la caja negra en la que las personas hablaban y se movían dije un "sí" algo cortado. Miré a Clara y la seguía hasta la cocina; allí también había otra caja negra, pero aquella tenía en interior negro, no como la otra.

-¿Qué es eso, Clara? –dije señalándole a la caja negra.

-Es una televisión, ¿tú no tienes?

-No, lamentándolo en mi época no tenemos de eso, pero bueno ya que estamos entre mujeres, cuéntame, ¿Quién es ese chico con el que hablabas?

-Un imbécil guapo, un horrible guapo con sonrisa desarmante.

Sonó un pitido y ella sacó de su bolsillo una especie de aparato como la televisión solo que de un tamaño reducido.

-¿Y eso que es?

-Es un teléfono móvil, me han mandado un "wasap"

¡Ahora lo recuerdo! Se decía "wasap" eso era lo que ponía en la cubierta del libro.

-Era Unai, últimamente está de lo más pesado.

-Bueno, cuéntame ahora sí, ¿quién es ese guapo?

-Ese guapo se llama Lucas, y llevo colada por él... ni se sabe el tiempo, en fin, que habíamos quedado para hablarlo, ya me entiendes, pero nada ha

salido a pedid de boca...

-Y ese Lucas... ¿Te quiere?

-No lo sé, hablamos por teléfono y a veces en el colegio pero ahora lleva mucho tiempo que está distante y frío conmigo.

-Bueno, eso es normal, si habéis tenido un contratiempo, pero todas las heridas se curan, y la vuestra sanará, ya lo verás, yo misma hace... no sé cuantos años... allá por 1870 tuve una relación con un chico, se llamaba Charles Hayes, era el aprendiz de la imprenta de Londres y comenzamos como tu dirías... a salir; pero la cosa salió mal porque él amaba en realidad a la hija del conde Rosvelt, en fin que yo me quedé sola y me volqué de lleno en mi trabajo que por entonces consistía en atender la oficina de telegramas y después medio criar a mademoiselle Alisse.

-Es maravilloso como lo cuentas... pero ¿cómo puedo volver a impresionarle?

-¿Porqué no pruebas a sonreír tu también? Una sonrisa desarmante como tú la llamas es lo máximo que Lucas espera de ti, busca cualquier cosa o detalle para impresionarle, o incluso haz cualquier locura que vea que te merece y tú a él. Te garantizo que funcionará, ya lo creo que funcionará.

La imagen de Clara fue haciendo borrosa, como me ocurrió hace días y yo sabía que tenía que volver al mundo real. De nuevo llamaban a mi puerta, me levanté y abrí despacio, allí había una niña pequeña que tenía un extraño parecido a Clara, y había venido a traerme una carta.

-¿Estás segura de que no nos hemos visto antes, pequeña?

-No lo creo señora, es la primera vez que vengo por aquí, me voy que hace mucho frío y se me van a congelar los huesos. -dijo sin más marchándose.

Aquella carta era de mi casero, especificándome que debía de abonar ya el resto del pago que me faltaba, con lo cual, no iba a perder el tiempo en reunir el dinero. Me marché hacia el banco para poder sacarlo.

Anne Gallagher

Libro 3: Parecemos tontos

Llegué del banco apresurada, llovía y hacía un frío del copón. Colgué mi abrigo en el perchero y me dirigí a la "cocina" encendí una cerilla y puse a calentar un poco de leche. Miré a mi cama, allí estaban los otros cuatro

libros, pero no podía leerlos ahora, tenía que terminar una carta de protocolo para la casa de Mademoiselle Alisse. Cogí la leche y me senté en el escritorio pluma y papel en mano con la finalidad de escribir. No fue difícil hacerla, ya que en St. Robert College había aprendido mucho sobre cómo debe ser una institutriz. Ahora que me pongo a pensar... ¿No me parezco un poco a Jane Eyre? Bueno, dejémoslo ahí... todas las mujeres que no están casadas o no tienen trabajo de doncellas, son institutrices.

¿No sería fantástico que el amor se presentase sin más en tu puerta? Así todo sería más fácil, fuera citas, conocerse y el cortejamiento. Quería meterme a dormir en la cama, pero el siguiente libro me tentó. Me senté sobre la cama y comencé a leerlo:

Me sorprendió muchísimo, ya que en la cubierta aparecía la figura de un escocés; creo que este libro me encantará -pensé. Una tal "Barderas" lo escribía. ¿Barderas? No tengo ni idea de donde será ese apellido, pero solo con ver la cubierta, me había encantado. Prometí que esta vez no me dormiría y continué leyendo. Se trataba de un diario, hasta ahí bien, cotilleos -pensé para dentro. Aunque para ser un diario era un tocho. Paul Stonem era quien lo escribía y decía que tuvo que trasladarse de Carrbridge hasta Londres. Pues vaya, con lo bonito que es Escocia. Seguí leyendo, pero con lo tarde que era y después de pasarme casi dos horas en el banco caí rendida sin darme cuenta.

Como de costumbre aparecí allí frente a una especie de edificio, por cierto muy moderno. Me quedé embobada y noté como alguien se chocaba contra mí.

-¡Oh, lo siento señora! -dijo un chico muy alto, demasiado.

-¿Señora? Deberías tener más cuidado, y soy señorita. -le dije a este.

-¡Pero bueno otra escocesa! Joder, pues si que venimos hooligans a Londres.

-¿Disculpa? No entiendo a lo que te refieres, y sí, soy escocesa. Debería moderar su vocabulario jovencito.

-Lo siento tía, de veras... ¿qué puedo hacer para compensarte? -dijo un poco más bajo el muchacho.

-No necesito nada, gracias. Soy Anne Gallagher, un placer.

-Yo Paul, Paul Stonem. Oye... más vale que entremos a clase... por cierto, ¿hoy hay una función en el colegio? Lo digo porque tu ropa está un poco... pasada de moda y tal...

Ahora lo recordaba, al igual que me había pasado en el anterior libro, yo debía de actuar como si estuviese realmente en esa época y no podía confirmarle que vivía casi 2 siglos después.

-¡Ah claro! Bueno, la teníamos pero se ha suspendido.

-Jope, ¿qué mierda no? Disculpa... que faena, bueno, entremos cuanto antes no quiero llegar tarde el primer día de instituto.

Entramos dentro apresuradamente y Paul fue a recoger unos papeles a una sala pequeñita que había casi en la entrada.

-Me han dicho que tenemos que buscar a mi presentador. Menuda mierda joder... Digo, que tonterías...

Al momento apareció delante de nosotros un chico que vestía aún más raro que yo. Tenía unas lentes muy grandes y llevaba puesta una camiseta muy "especial".

-Hola Paul Stonem, soy Dean Figgs –dijo el chico de las lentes con firmeza mientras se estrechaban la mano.

-Ella es Anne Gallagher, supongo que también irá a nuestra clase...

-Pues no... no me suena, ¿por qué?

-¡Anda, se me ha olvidado a mí también coger los papeles! –digo con vergüenza. Ahora mismo vuelvo.

Fui hacia la sala de la mujer de antes y le dije que necesitaba los mismos papeles que el chico. Aquella mujer estaba como algo sorprendida, y me pidió que esperase. Rápidamente me dio un formulario y me dijo que lo rellenase y al terminar las clases los trajese a conserjería. Dean y Paul me esperaban donde antes y nos fuimos hacia la biblioteca. ¡En mi vida había visto tantos libros! Ni siquiera en casa de Mlle. Alisse. Después de hacer una "ruta turística" por todo el colegio Paul le ha dicho a Dean que si íbamos a la cafetería, y aunque le ha costado decir que no, al final hemos ido. Han pedido dos cafés y nos hemos sentado.

Después de hablar y conocerse me han empezado a hacer preguntas.

-Bueno Anne, ¿tú de dónde eres? –me preguntó Paul.

-Pues... nací en Londres, pero mis padres se trasladaron a Edimburgo al nacer mi hermana Lizzy.

-¿Y tú hermana está tan buena como tú? –dijo sin cortarse.

-¿Cómo? –digo sin comprender a que se refiere.

Dean le da un codazo y dice que nos tenemos que ir a clase, porque íbamos a llegar muy tarde.

Llegamos y el profesor nos echó una mirada furtiva. Dean se sentó delante, Paul y yo nos quedamos de pie mirando a la gente. El profesor comentó que ya le habían hablado de Paul, pero que de mí no sabía nada. Pidió que nos presentásemos. Paul con una gracia sobrenatural dijo su nombre y me dejó al borde del abismo.

-Pues... yo soy Anne Gallagher y... bueno soy nueva. –dije algo tímida.

El profesor amable nos dijo que nos sentásemos, y nos pusimos en dos sitios libres que había detrás. Una chica con un cabello rubio y muy "salvaje" le dejó una nota encima a Paul. La leyó y sonrió.

-¿Está coqueteando contigo Paul? –dijo casi en un susurro.

-¿Qué dices ahora? No creo que haga tal cosa, solo se muestra amable conmigo. –dijo un poco nervioso mientras notaba que le había encantado recibir esa nota.

-Señorita Gallagher, vale que sea su primer día, pero no me hable en clase. –dijo el profesor cortante.

Me mantuve callada hasta que acabaron las clases, después salimos fuera y caminamos por una larga calle. Él se acercó y les pidió un tabaquillo a unos chicos que estaban fumando por ahí. A mí también me ofrecieron pero lo rechacé amablemente. Me dijo que si yo también tenía que coger metro y le dije que sí, pero que si podíamos parar antes de llegar, ya que estaba un poco cansada de caminar tanto.

-Bueno, y cuéntame, ¿llevas mucho tiempo aquí?

-Pues la verdad es que no... llegué hace muy poco.

-Comprendo, bueno, no creo que nos sea difícil adaptarnos jajaja Estos británicos no son tan malos como parecen, ¿no Anne?

-Creo que no podré adaptarme, no creo que esté mucho tiempo por aquí.

-¿Y eso?

Fue entonces cuando comprendí que aquella maravillosa persona sería capaz de escuchar mi historia, ya que él simplemente era solo el

personaje de un libro. Después de contárselo se echó a reír y me dijo que si me estaba cachondeando de él. Nos levantamos mientras él todavía se reía y llegamos a la estación de metro. Nos dimos dos besos en la mejilla, (era todo un galán y muy guapo) y se subió en aquella especie de tren con luces. Me dijo adiós con la mano y yo desde el andén se lo devolví. Toqué mi mejilla enrojecida con mi mano y comencé a sentir algo extraño. Me sentí cansada y me desmayé en el acto.

De nuevo volví a mi apartamento de Edimburgo y allí estaba con mi misma mano izquierda tocando mi mejilla enrojecida. El libro ya no estaba en mis manos y la vela se había terminado de consumir. Me acosté rápidamente pues el reloj de la pared marcaba las tres de la madrugada. Podría decir con total acierto, y no me equivocaría que por primera vez en mi vida sentí lo que era aquella palabra con la que se llena la boca, aquella palabra que dice: "Amor"

Anne Gallagher

Libro 4: 101 pájaros volando

Ya pienso que es imposible. ¿Cómo una persona puede quedarse durmiendo mientras lee un libro? No creo que sea magia, aunque, quién sabe. A lo mejor este mundo está regido por la magia del destino y no por un Dios que es "misericordioso". Si tan misericordioso fuese como el párroco dice en esa iglesia, mi madre no hubiese muerto hace apenas dos años. Era una mujer trabajadora, buena, joven, y sana. Mi padre falleció cuando yo tenía catorce años y mi madre... digamos que se volvió poco cuerda. Mientras la trataban en una especie de hospital donde permaneció hasta que falleció, mi hermana Elizabeth (que por entonces tenía sólo dos años) y yo fuimos trasladadas al St. Robert College, un colegio distinguido para señoritas. Mi situación a parte de estudiar me obligaba trabajar como "bibliotecaria" para costearle a mi hermana la estancia allí. Mi adolescencia no fue muy fácil, ya que tenía que estudiar para convertirme en institutriz para ganar más dinero para mi hermana, además de ir a visitar a mi madre y también costearle la estancia en aquel "hospital". Cuando cumplí veinte años, me contrataron en un palacete, dónde ejercí como tutora de la hija de los condes de Ashbury, y más tarde donde trabajo ahora mismo. Mi hermana actualmente trabaja como costurera en París y solo se la permite salir los fines de semana, por eso la veo una vez al mes. Definitivamente he decidido que voy a ir a comprar café, necesito mantenerme despierta para continuar leyendo el próximo libro que me tiene intrigadísima. Se llama "101 Pájaros Volando", el título como suena parece una enciclopedia de aves, pero nada de eso. En la cubierta aparece la imagen de perfil de una mujer, muy guapa por cierto. El libro lo escribe una chica (supongo) llamada "Alba Nieto", será un seudónimo, jamás había oído que alguien se llamase como el amanecer, aún así, me

encanta. Después de ir a un colmado cercano y comprar mi adorado café, lo he puesto a calentar mientras leía de nuevo una página, en la que explica la fatídica vida de una chica llamada Leire. Tomo una taza y me siento en la cama dispuesta a continuar. ¡Vaya por Dios, otro diario! ¡A cotillear!

Leire es una chica de Madrid, ahí lo comprendo todo, ambientado en España, espero no trasportarme mentalmente allí de nuevo (como con Clara). Pobre niña, dice que es el día de su cumpleaños y que llega enfadada a su casa. También dice que su madre no se ocupa nada de ella, y que apenas la conoce, al igual que a su padre. En pleno sentido, me siento como ella, aunque mi madre me enseñó a leer y a escribir, no comprendo porque no teníamos a penas relación. Pese a terminarme la taza de café, de nuevo, aquella "sensación" pudo conmigo. Me dormí.

Aparecí en un parque, tenía inmensos jardines y además un estanque enorme. Encima de una alta y gran roca, una niña estaba tumbada mirando las nubes pasar. Me acerqué cuidadosamente, puesto que no quería asustarla y que se cayese.

-¡Oye, baja de ahí o te vas a caer! –dije alzando un poco la voz.

Tras este hecho la muchacha giró la cabeza y me miró lentamente. Sentí un pequeño cosquilleo, era un perrito mordisqueando el bajo de mi vestido.

-¡Aparta de ahí animalito, esto no se come!

La chica vino hacia mí y tomó al perro en brazos. El animal al sentirse seguro lanzó un ladrido corto contra mí y ella le regañó.

-Cuánto lo siento señora, sólo lo dejo suelto para que disfrute un poco de libertad. Lo lamento si le ha causado molestia o algún daño –dijo la muchacha agachando la cabeza.

-No te preocupes cariño, ha sido entretenido. ¿Tú eres Leire verdad?
–comenté intentando calmar la tristeza de la muchacha.

-¿Cómo lo sabes? ¿A caso eres de los servicios sociales? –preguntó la muchacha a la defensiva.

-¿Servicios sociales? –pregunté extrañada. ¿Qué es eso Leire?

La muchacha me miró a arriba abajo como si hubiese visto una loca, pero sin embargo no salió corriendo y quiso preguntarme más cosas sobre mí. Empezamos a hablar de nuestros gustos y aficiones, y al final acabamos contándonos nuestras penas. Quedé impresionada por lo que esa chica había pasado a lo largo de su vida. También quedó sorprendida cuando le

comenté que yo vivía en Edimburgo, aunque lo que no dije fue que vivía dos siglos antes que ella, pues entonces sí que me hubiese tomado por una loca.

-Ciertamente Leire, yo también se cómo te sientes, pues perdí a mi madre hace dos años, y nunca tuvimos una relación muy buena.

-Es algo muy triste... ¿quieres venir a casa a almorzar algo?

-Me sentiría muy afortunada.

Y así fue, con algunas de las libras que tenía en mi bolsillo pudimos ir a cambiarlas al banco por euros y tomar el metro para ir a casa de Leire. No era una casa muy... grande, pero era muchísimo mejor que mi apestado apartamento. Simplemente volvimos a la conversación y almorzamos pan con chocolate, un manjar delicioso. Mientras miraba a aquella muchacha relatarme su desdichada vida, podría ver en sus pupilas un fuego que pronto estallaría y se convertiría en una explosión. Y así fue, derramó una lágrima. La abracé contra mi pecho, la conocía desde hacía solo unas horas, pero la quería francamente como a una hija. ¿Y si el destino me permitía quedarme allí con ella? ¿Y si nunca volvería a despertar de aquel maravilloso sueño? Era lo que más deseaba en ese momento. Podríamos decir, y no me equivocaría que aquella niña despertó mi deseo de ser madre y podre cuidar de un ser querido, de abrazarla en los malos momentos, aconsejarla bien o mal, arroparla por las noches, de quererla.

Oí como unas llaves se hincaban en la cerradura de la puerta, afortunadamente Leire dejó puestas las suyas y el susodicho/a no pudo entrar si nosotras no abríamos.

-¡Maldita sea esta llave, me cago en la p...!

-¡Rápido Anne, es mi madre!... ¡escóndete! –dijo Leire con desesperación.

Corrí hasta su habitación mientras ella cogía las llaves y corría hasta su habitación para esconderse conmigo. Permanecimos allí un buen rato hasta que los ruidos cesaron y se escuchó de nuevo un portazo. Menuda susto, casi se me escapa el corazón por el pecho. Cuando su madre se fue de aquella casa salimos sigilosamente del armario y Leire rió.

-Esto sí que ha sido emocionante, me ha gustado pasar este rato a tu lado Anne –dijo con una sonrisa en los labios. Espero que nunca te marches de mi lado dijo abrazándome.

-¿Recuerdas a los pájaros del parque Leire?

-Sí, ¿por qué?

-¿Y si pudiésemos salir volando como ellos y ser libres? ¿Vendrías conmigo?

-Claro jajaja, pero eso es imposible. -dijo mirándome con esa blanca y perfecta sonrisa.

Nuevamente la imagen de Leire comenzó a hacerse borrosa y en unos instantes, volví a mi apartamento de Edimburgo. Solté una lágrima que recorrió mi mejilla. ¿Qué sería de Leire después de mi llegada? No podía saberlo, puesto que el libro había desaparecido. En su memoria prometí que si alguna vez tenía una hija la llamaría Leire para recordar aquella niña, sus pájaros, su sonrisa.

Anne Gallagher

Libro 5: Una plegaria para el sol

Me quedé mirando al suelo un rato. Era por la noche y supuse que mis vecinos los... uhm, no recuerdo el apellido ¿McCropt? Sí, supongamos que eran esos los que estarían de borrachera. Ambos hermanos (solterones de oro y ricos hasta las trancas) hacían unos eventos magníficos. Y pensar que cuando cumpliese los cuarenta yo sería como ellos... claro, que sin dinero. Sin irme por las ramas uno de ellos era bastante apuesto, y cuando me salía a comprar no dejaba de mirarme. Me sentía acosada, nerviosa, hasta que aquel día se dirigió a mí. Me decía que estaba invitada a las fiestas que organizaban casi todos los domingos. ¿Qué pintaba yo allí? Aunque bueno, no pasaba nada si solo iba... como su vecina. Me vestí apresuradamente y cogí un pequeño sombrero que denotaba algo de "elegancia". Salí hacia aquella casa iluminada, en la puerta delantera una especie de portero me impidió el paso revisando una larga lista, pero al encontrar mi nombre me dejó pasar. Aquella casa se parecía mucho al Gran Hotel París de Madrid. Solo había estado una vez en mi vida en Madrid, en el año 1875, y fue para acompañar a la familia Olneix a que Alisse diera un concierto de piano. (Cabe destacar también que allí trabajaba mi tía Lolita o Dolores, de la que ya os hablé antes). El pequeño de los hermanos se acercó a mí nada más entrar, me tomó de la mano y me presentó entre sus amistades. Se llamaba Phileas, Phileas McGham. Alto, rubio, delgado pero fuerte, y lo que más me extrañó fue que tuviese solo veinticuatro años. ¿Un hombre guapo soltero? ¿Dónde se había visto semejante tontería? Charlamos a solas durante un buen rato y cuando acabó la fiesta me acompañó hasta casa. Sorprendentemente me dejó clara una cosa, no quería que nos enamorásemos todavía. Me pidió discreción, y yo se la concedí. Pasé dentro y me puse a recoger como una loca, el señor Rothermary vendría por la mañana a comprobar el estado

del apartamento. Tenía sueño, y decidí leer el penúltimo libro. Total, me iba a dormir igualmente por aquella magia extraña.

No tenía encuadernación, más bien parecía un guión de un teatro. En efecto, al ver los diálogos lo comprendí. Se trataba de una obra de teatro llamada "Una plegaria para el sol", extraño título francamente... ni que los personajes adorasen a Ra (el Dios egipcio). Un chico llamado Miguel Ángel Montes lo relataba. Un nombre muy largo para un autor, deberían de ser dos..., quizás gemelos, uno Miguel y el otro Ángel. Sí, sería eso.

Nada más leer la primera página me entraron ganas de saltar, una chica llamada Carmen luchaba por los derechos de las mujeres. Esa es la actitud, pensé. Los diálogos eran muy continuados, sin faltas de ortografía, y muy oportuno, apareció por fin el amor. Me encantaría leer algo que fuese como Romeo y Julieta. Allí iba Carmen y su amado Fernando, ah no, me cachis. Sólo eran amigos. Concilié el sueño con la rapidez que tarda en incendiarse uno de los troncos de la estufa.

Me desperté en una sociedad muy igual a la mía, y no por la vestimenta de la gente. Simplemente por los muebles que había, estaban muy bien cuidados y parecía que fuese una casa de ricos. Una joven entró en la habitación inesperadamente portando en su mano unas partituras y me miró fijamente.

-Discúlpeme, joven ¿puede indicarme donde me encuentro? -dije con elocuencia en inglés.

-Se encuentra en casa de los condes de Villanueva -respondió en mi idioma la muchacha con una pronunciación muy aceptable.

Al reconocer aquel título español le hablé en su idioma para entendernos mejor.

-Mi nombre es Anne Gallagher, soy la institutriz de Mademoiselle Alisse d' Olneix.

-¿Madame Olneix? Creía que había fallecido hace tiempo...

-¿Cómo decís? Alisse tiene sólo doce años.

-Disculpad querida, yo soy Carmen la profesora de Claudia, la hija de los condes. ¿Me explica si me he equivocado de habitación? Me dijeron arriba a la izquierda...

-No verá es que...

Empezamos a hablar y le expliqué que había empezado a leer un libro que iba sobre ella, francamente sorprendida al explicarle que era de

Edimburgo y que vivía en 1879 pareció importarle demasiado y me pidió que se lo relatase todo con franqueza. Después de media hora charlando salieron a la luz nuestra pasión por la enseñanza y confidencias.

-¿Así que tu amigo Fernando se ha mudado contigo a Madrid por eso?
-mostré con un tono de comprensión.

-Sí, exactamente, sus padres son demasiado tradicionales y querían casarle con una mujer que no le corresponde, es increíble con los tiempos que corren...

-Pero, ¿no será en realidad que tú lo trajiste contigo porque en realidad tú lo amas?

Me desperté sobresaltada, volví al apartamento, pero no había sido como otras veces, y lo más importante, el libro seguía allí. Toqué una de las páginas y estas avanzaron por sí mismas hasta un determinado punto. Volví a caer rendida.

Ahora estaba en otra habitación, una muy parecida a la que vi antes allí en la otra historia, suponía que sería el segundo acto y que la trama habría avanzado. Abrí la puerta y me deslicé por los amplios pasillos esquivando las miradas de los astutos criados y de la ama de llaves. Llegué hasta una puerta donde se oían voces muy fuertes, y me asomé por la rendija de abajo, era un chico muy joven y apuesto, tal y como Carmen lo había descrito, suponía que sería Fernando, pero ¿cómo les habían separado en medio de la obra? Yo no entendía nada. Oí unas pisadas, el joven se dirigía a la puerta, me levanté corriendo y me escondí tras una columna. Salió y dio un fuerte portazo.

-¡Esta cría no sabe de lo que yo soy capaz por proteger a mis allegados, se va a enterar! -dijo Fernando con un enfado que hizo que sus mejillas se sonrojasen y se pusieran como dos tomates. - ¡Ahora mismo me marcho de esta casa, avisaré al marqués!

Esperé tras aquella columna y vi como uno de los criados lo acompañaba con su equipaje fuera de la casa. Los seguí y a los pocos segundos salí yo también. Le seguí disimuladamente mientras caminaba y este se paró en seco. Divisó un banco y soltando la maleta contra el suelo se sentó.

-Tendré que decirle a Carmen que no puedo quedarme en Madrid, ya no tengo trabajo... -musitó y suspiró con resignación.

-Disculpa muchacho -dije carraspeando mi garganta.

-¿Es a mí? -expresó con total indiferencia.

-Así es, soy Anne Gallagher, la institutriz de Alisse d' Olneix, hace un rato he estado con Carmen y me preguntaba sí...

-¿A Carmen? ¿Qué tal está ella? –me preguntó cortándome mientras hablaba.

-Sí, está bien, pero el caso es que...

-Necesito verla inmediatamente –se levantó veloz como un relámpago.

-Tranquilo Fernando, no me preguntes que porqué sé tu nombre, ya te lo explicaré todo con tranquilidad. ¿Qué es lo que ha pasado con esa niña? ¿Por qué has de proteger a los tuyos?

-Esa niña es una malcriada, y va a intentar que a Carmen...

La figura de aquel muchacho se volvió borrosa mientras yo misma me preguntaba ¿A qué? ¿Qué a Carmen qué? Pero nadie respondió a mi pregunta. Era por la mañana. Una figura me zarandeaba cuando desperté. Me preguntaba si estaba bien, y yo le confirmé que sí, que era lo que había pasado. Las cortinas de mi apartamento se incendiaron, y afortunadamente ningún mueble se había quemado. Aquella mujer venía de paseo y al ver el humo se percató de que algo iba mal. Gracias a ella estoy bien y mi apartamento también, en recompensación la invité a tomar un café conmigo. Nunca supe que era lo que iba a intentar hacer contra Carmen, pero como siempre el libro había desaparecido.

Finalmente, nos hicimos bastante amigas, su historia... uhm, la explicaré más tarde...

Anne Gallagher

Libro 6: Seduciendo a un desconocido

Bien, ahora os explicaré quién fue la joven que me salvó de morir calcinada en mi propia casa. Aquella chica de cabello rubio, ojos grandes y castaños y labios pequeños se llamaba Samantha Stuart. Vivía a las afueras de Edimburgo en una casa solitaria de la periferia. Tenía treinta años. Según me contó trabajaba en una floristería y estaba prometida con un barón muy importante, pero los padres aún no habían dado el consentimiento. Si me lo permitís os hablaré un poco más de ella. Nació en Edimburgo en el seno de una familia de clase humilde (como yo), cuando cumplió los quince fue contratada en una floristería muy cercana al ayuntamiento. Una mañana de febrero, un hombre corpulento entró en el establecimiento acompañado de un oficial de la guardia inglesa. El barón le destacó que el oficial necesitaba unas violetas y unas margaritas

para regalarle a su esposa en San Valentín, y automáticamente ellos se miraron. Los ojos melosos del barón la examinaron lentamente y sonrió. A partir de ahí volvía todos los días a la floristería para “encargar” flores para su supuesta novia, cuando en realidad lo hacía para ver a Samantha.

Ella se tenía que marchar, así que, la acompañé a la puerta. Tras esto miré debajo de mi cama, ahí estaba aún el último libro. No quería que las fantásticas historias acabasen, pero tarde o temprano me picaría la curiosidad y hojearía sus páginas. Está bien, mi subconsciente me obligaba. Tomé el libro en mis manos y lo apreté con fuerza.

Examiné la cubierta, era de un color verde muy vivo y se titulaba “Seduciendo a un desconocido”, que bien, otro libro romántico. Lo que más me llamó la atención fue que la autora era Miss Lizzy Bennet. ¿Sería un libro de Jane Austen? ¿O es que quizá el personaje de Orgullo y Prejuicio existió alguna vez? Yo no lo sabía... Ahora sí que estaba realmente picada con la idea de empezar a leerlo.

En el primer capítulo se describía a una chica llamada Margaret de veinticinco años muy agraciada, era la hija de un ex militar, y se estaba vistiendo con la ayuda de su criada, Grace. Hasta ahí podía deducir que se trataba de una de esas niñas ricas y mimadas, (un poco tarde para presentarla en sociedad...) Continué leyendo unas páginas más, y concilié el sueño.

Me encontraba en una casa de la alta sociedad londinense, todo era igual a mi época, parecía que era incluso más real que las otras experiencias. Miré por la ventana desde la habitación donde estaba. Carruajes y carruajes llegaban con el soniquete hasta aquella casa, y de dentro descendían auténticas figuras de la aristocracia actual. Tomé uno de aquellos vestidos tan lujosos, ya que no podía presentarme como una pordiosera y bajé lentamente las escaleras para infiltrarme entre la gente. Por la descripción del libro no tardé en dar con Margaret, pero de pronto choqué con una mujer que se dirigía hacia ella. Una vieja-joven, la llamaría yo. Una mujer de cincuenta años que vestía como si tuviese veinte. Se llamaba... Lady Rutland.

-iApartad de mi camino impertinente muchacha, he de recibir a la señorita Margaret! –dijo la vieja apartándome de un gran empujón.

Al ser empujada por aquella maleducada, decidí salir fuera. Después de comerla el tarro y de que todas las demás damas la rodeasen Margaret me siguió con profundo interés.

-¡Espere por favor! –expresó la muchacha tras perseguirme.

-¿Se dirige a mí señorita? –mostré indiferencia en mi comentario.

-Sí, siento mucho el ridículo que le ha hecho pasar Lady Rutland, a veces es... un tanto fastidiosa.

-No os preocupéis querida, no pasa nada. Soy Anne Gallagher, es un placer.

-Yo me llamo Margaret, Margaret Hamilton.

Hablamos durante un rato, se sorprendió mucho al saber que yo era institutriz y que me habían invitado a una fiesta de categoría. A mi impresión como yo diría, tenía un hablar campechano y humilde. No quise destacar en el año que vivía, porque casi estábamos en el mismo. Caminamos durante un rato por los jardines, y oímos un ruido muy extraño. Venía de una especie de invernadero. Todo eran risas y cachondeo. La curiosidad nos pudo y observamos por la rendija de la puerta lo que ocurría dentro. Había un hombre bastante apuesto, y una mujer que parecía ser demasiado joven para él. Ya os imagináis lo que ocurría, Margaret se sonrojó y yo la pedí que volviese a la fiesta. Pretendía marcharme yo también pero mi curiosidad (no de mirona) me impedía moverme de allí sin saber quién era aquel hombre. Se movieron y ya no pude ver nada. Caminé sigilosamente buscando una ventana abierta para saber de quién se trataba, pero en el intento, tropecé con una piedra y caí al suelo golpeándome la cabeza.

Llegó el día y me desperté con el trino de los pájaros. Me dolían las sienes. Del invernadero salió el aquel hombre vistiéndose a toda prisa y de allí también siguiéndolo una muchacha muy pequeña. Él pretendía quitársela de encima, pero ella muy pesada le cogía la ropa para evitar que se la pusiese. Me escondí tras un árbol pero desafortunadamente pisé una rama que estalló como si se hubiese caído una mesa llena de jarrones. La muchacha entró de nuevo al invernadero creyendo que encontraría allí al culpable y además podría terminar de recoger su ropa. El avisado hombre miró hacia mi posición y habló con fuerza.

-¿Quién anda ahí? –preguntó con seriedad.

-Discúlpeme señor, me perdí en el jardín y bueno... aquí estoy –dije haciendo una reverencia.

-¿No habrás visto nada de lo que te arrepientas, verdad?

-No señor. Acabo de salir ahora al jardín –mentí. Soy Anne Gallagher, un placer.

-Yo soy William, un conde respetable –expresó dudando en cada palabra. ¿Vos posee algún título o alguna distinción hermosa dama?

-Ehm... sí –musité insegura. Soy... la marquesa... la marquesa de Michele. (Era el apellido de soltera de mi madre)

Muy bien, seguidme querida, no quiero que nos vean entrar juntos y piensen cosas que no son. Nos escondimos tras unos arbustos esperando hasta que una pareja que había en la terraza entrase. Nos dio tiempo a hablar mucho, mentí varias veces pero su mirada no dejaba de posarse en mi pecho realzado por un broche de pedrería. Me contó que mucha gente lo creía como un vivalavida, y que nadie tenía confianza en él. Le dije que muy pronto encontraría el amor, lo presentía con todas mis fuerzas. Sentía un fuerte dolor en las sienes que hizo que mi visión se paralizase y volví a mi apartamento ipso facto.

Todo había acabado, ya no habría más libros y las esperanzas de aislarme de este cruel e inhóspito mundo se fueron con aquellos libros.

Semanas después volvía a quedar con Samantha a tomar el té, jugábamos a las cartas y hablábamos de hombres. Nos hicimos muy amigas, pero un día invitamos al barón. Era clavado y calcado al conde que había conocido en aquellos verdes arbustos, y también nos hicimos amigos. En la primavera del mismo año los padres de Harry (que era como se llamaba el barón) aceptaron el compromiso de ambos y se casaron en una parroquia cercana a Edimburgo. Fue una boda fantástica, banquete y baile extraordinarios, conocí muchísima gente y salí de aquella monótona vida que se arraigaba a aquel apartamento y a mi trabajo como institutriz. Conseguí por fin que Mademoiselle Alisse aprendiese a hablar el escocés (con un acento muy logrado).

En el mes de junio la familia Olneix me invitó a ir con ellos a sus matutinas vacaciones de verano en París, donde mi historia, aún no había acabado.

Anne Gallagher

~Epílogo~

Aquel día soleado fue cuando lo conocí. Estábamos de "vacaciones" en París y él me salvó de morir atropellada por un carruaje. Era un hombre alto, rubio y pálido, vestía elegantemente y portaba un bastón en su mano. Dos de sus acompañantes me pidieron que me marchase y dejase

al conde continuar con su paseo. Esa fue la última vez que nuestras miradas se cruzaron.

En verano de 1879 conseguí reunir el dinero suficiente como para comprar aquel apartamento cochambroso y en el otoño hice una reforma. Quedó precioso, francamente. Caminando por Edimburgo choqué un día contra una figura de sombrero y chaqueta larga, era él. El conde de Weiz-Lons, Friedrich de Scheler-Weiz. Un alemán de mi edad que vivía en Londres y permanecería hasta el otoño en Edimburgo para mediar con el consulado escocés. Nos enamoramos al instante y empezamos un romance que duró seis meses. Me pidió matrimonio y en verano nos trasladamos a Londres. Dejé mi trabajo como institutriz al quedarme embarazada, y en marzo del 81 nació nuestra primera hija, como le prometí se llamó, Leire Wilhelmina. Dos años después mi hijo Frank, y en el 85 mi última hija Rose Vanessa. Nuestro tiempo juntos fue lo más bonito que había sentido nunca, pero a los doce años del matrimonio, la muerte lo apartó de mi lado y se lo llevó para siempre.

Mi amigo Phileas McGham me ayudó a sacar algunas deudas y la familia adelante, tanto que nos casamos en 1896 después de quedar encinta de mi hija Helena. En la última década del siglo XIX, me reunía con los grupos feministas de Londres, me convertí en una activista que luchaba por los derechos de la mujer, los desfavorecidos y por el voto femenino.

Nos trasladamos de nuevo a Edimburgo a principios de la primera década del XX, y mi hermana Elizabeth ya viuda y sus dos hijas, Hannah y Audrey vinieron a vivir con nosotros.

Leire consiguió trabajo como profesora de escuela en Londres, Frank heredó el condado de su padre y volvió a Alemania, Rose se marchó a Estados Unidos para trabajar en la industria artística, y Helena se quedó conmigo.

Hospital de Ste. Madeleine, Londres. 29 de Enero de 1911, 12 p.m.

No tenía fuerzas para caminar, ni para comer, y tampoco para levantarme. La última vez que me miré al espejo no me reconocía, mis cabellos eran blancos como la nieve, estaba más delgada que los perros que caminan abandonados por las calles; los párpados arrugados, como mis manos y mis brazos. Yo no podía ser aquel ser. Me quité la manta, estaba sudando y tenía calor. Otras veces parecía tener frío. Sentía dolores en el estómago y mi aliento sabía a puré de hacía tres días. Por

las noches tenía visiones, mi marido se aparecía en sueños y mi tomaba de la mano, recordaba a mi madre tumbada en aquella camilla como en la que me encontraba yo ahora. Llegué a pensar que me volvería loca. Había pasado una semana desde que me tumbé en aquella cama de sábanas roídas, mi sobrina Audrey escribía con rapidez a mi lado todo lo que yo la dictaba. No era capaz de leer mi propio diario; tampoco de escribirlo. Phileas y mi hermana Elizabeth cuchicheaban con los doctores mientras Helena hacía dibujos con el vaho de las ventanas. Mi voz carraspeaba, era seca.

-Querida Audrey... ¿has apuntado todo? –expresé tosiendo como si fuese a ahogarme.

-Por supuesto, tía, hasta el último punto. Tenéis que descansar, eso han dicho los médicos –marcó mi sobrina tomándome de la mano y acariciándome la frente.

-Debes guardarlo como oro en paño, no lo pierdas jamás, dame esa pluma para que pueda firmarlo.

Tomé la pluma y firmé con letra muy floja mientras Audrey me guiaba la mano. Una lágrima cayó en su mejilla. Acaricié su cara con suavidad. Me sentía en paz como nunca antes lo había hecho. Friedich estaba allí tendiéndome la mano. La tomé y los dos juntos nos elevamos y desaparecimos en el ocaso.

Anne Gallagher

~Documento extra, del diario de Anne Gallagher~

Corría el mes de enero de la mitad del siglo XIX, cuando mis padres se conocieron. Frank Gallagher un ayudante de banquero que trabajaba día y noche por un mísero sueldo se enamoró de una joven costurera de origen judío, llama Catherine Michele.

Mamá trabajaba en un taller cercano al banco y un día como otro cualquiera se cruzaron sus miradas. Se enamoraron al instante. Continuaron su romance hasta que en el mes de julio ella supo que se había quedado embarazada, con tan sólo dieciocho años. Frank pidió el traslado a la ciudad de Edimburgo y fue allí donde encontró trabajo como capataz dentro de una empresa textil y posteriormente como director del banco. Catherine y Frank eran extremadamente felices, ya que mi padre ganaba una fortuna en el banco y mi madre podía permitirse numerosos caprichos. Nueve meses después, en marzo del 51, nací yo. Mi madre me

contaba que aquel día, había llovido mucho y se encontraba de camino a la biblioteca, cuando ocurrió mi nacimiento. Llegué como una bendición a aquella majestuosa casa en el centro de la ciudad. Todos los caprichos eran para mí. Mamá siempre estaba conmigo, y decidió abrir un taller de costura en la ciudad. Papá dio el visto bueno y así lo hizo. Mis tardes se dedicaban a jugar entre ovillos de lana y metros y más metros de tela. Cuando entré en el colegio, tenía unos seis/siete años. Me encantaba ir a la escuela. Al principio no tenía muchas amigas, pero después llegó Vanessa Pemberley. Aquella chica de cabellos rubios y mente privilegiada me hizo aprender a valorar el sentido del deber y del aprendizaje.

Mi querida madre, veía que yo me sentía sola, entonces quiso darme un hermano, para poder jugar con él y quererlo mucho. Todos los días miraba su vientre hinchado profundamente esperando que aquel bebé saliese de allí, pero eso no fue así. Un día mamá comenzó a encontrarse mal y su vientre se quedó llano. Vistió de negro durante más de dos años, hasta que colmó su felicidad conmigo.

Vanessa y yo por fin, acabábamos el colegio, a nuestra tierna edad de diez años. Nos sentíamos ambas como hermanas, aunque ella no fuese hija única. Todas las tardes explorábamos la ciudad. Visitábamos las recónditas hendiduras del Castillo de Edimburgo, y nos divertíamos en grande. Cierta día, como casi toda la desgracia de la historia de mi vida, el padre de Vanessa tuvo que marcharse a Irlanda, y nos separamos inconscientemente. Cuando cumplí doce años mamá decidió enviarme a un colegio privado, en el cual debía permanecer interna. Se llamaba St. Giles College, y lo administraba un rector muy anciano que era sacerdote. Las monjas de allí nunca se llevaron bien conmigo, pese a que yo me esforzaba en estudiar, no encontraba mi vocación allí, ya que todas las alumnas sólo pensaban en instruirse, y ni un minuto en conocerse. Cómo te eché de menos en aquella época Vanessa.

Terminado el curso en el internado recibí la noticia de mi vida. Mi madre, había tenido una niña hacia solo unos meses, la cual fue bautizada con el nombre de Elizabeth. No es que tuviese envidia de ella, pero desde que yo llegué a casa siempre se hablaba del bebé. En las comidas, en las recepciones, en la cena, sin olvidarnos de cuando las amigas de mamá venían tomar el té. Yo, me aferré en mi estudio, y en comportarme como una señorita. Pronto, sería presentada en sociedad, muy pronto. Al menos eso pensaba yo.

A principios del año 1865 el banco en el que trabajaba mi padre quebró, y él fue despedido. Papá nos decía que no teníamos nada que temer, puesto que teníamos muchos ahorros y podríamos salir adelante, mientras el negocio de mamá fuese bien. La desgracia aconteció cuando las deudas del taller salieron a flote, y mamá no pudo sostenerlo más. Papá enfermó de tuberculosis a mediados de año, y las tres fuimos trasladadas a una casa que Frank compró anticipadamente por planes de futuro. Yo dejé el

colegio privado y me quedé en casa cuidando de mamá y de mi hermana. Mi padre, mi querido padre, nos dejó una mañana de junio, cuando su luz terminó por apagarse; tenía treinta y seis años. Lo enterramos con el poco dinero que nos quedaba y mamá perdió la cabeza en los meses venideros. Se pasaba el día encerrada en la salita de té. Poco después las dos únicas criadas que teníamos nos abandonaron, y nuestra familia quedó marcada por la desgracia con un titular de periódico: "Los Gallagher acaban su fortuna". Mamá fue internada en un sanatorio para persona con problemas mentales y nunca más volvió a salir.

La hermana de mi padre, Constance se había convertido en la esposa de un conde del sur de Inglaterra que vivía en Londres, y mi hermana y yo, decidimos ir con ella para asegurarnos un futuro. Ella, no estaba muy por la labor de cuidarnos, así que, nos envió a una especie de colegio-orfanato, llamado St. Robert College. Yo tenía catorce años, y mi hermana únicamente dos. Allí fue donde me colmé de felicidad, ya que aunque al principio no hice buenas migas con las monjas, después no podía separarme de ellas. Mi afición por leer se cultivó allí, y por eso obtuve mi primer empleo como bibliotecaria. Aquel trabajo me permitía saltarme horas de estudio para poder cuidar de mi hermana, que más bien parecía mi hija. También aprendí a coser, a perfeccionar mi escritura y a tener mi propia responsabilidad.

Cuando cumplí dieciocho años pude salir del colegio, alquilé un apartamento en Londres y trabajé como ayudante en una oficina de correo y todas las semanas enviaba la mitad de mi sueldo para la manutención de mi hermana y sus estudios. Por fin empezaba a levantar cabeza, pero llegó el punto álgido de mi felicidad. Se llamaba Charles Hayes, y me enamoré perdidamente de él. Charles trabajaba en la imprenta del "The Times" y los fines de semana quedábamos para ir a pasear al parque y al campo. Aquel amor casi infinito e inagotable duró tres largos años. Todo era perfecto, pero nuevamente el destino se puso en mi contra y me lo arrebató. De camino al taller, en uno de los callejones, pude divisar como los labios de Charles y la hija del conde Rosvelt se chocaban. Me acerqué a ellos y sin ninguna pregunta estampé mi puño en los morros de Charles, dejándole los labios partidos. Hice una reverencia a la muchacha y me retiré hasta mi apartamento. Me pasé los días llorando amargamente, alimentándome únicamente de pan y agua para no desfallecer.

Pronto llegó el invierno a Londres, mucho menos frío que en mi amada Edimburgo y trajo consigo un telegrama que me devolvió a la vida. Por fin habían contestado a mis cartas. La familia Olneix, unos marqueses muy adinerados, que residían en Edimburgo me había contactado para que fuese la institutriz de mademoiselle Alisse. Una niña de seis años que sería la heredera de una gran fortuna. Sin pensármelo dos veces fui a la oficina e hice que envasen mi confirmación. Pensé en mi hermana... jamás me habían separado tanto de ella, pero bueno, ahora no eran motivos para

quedarme en Londres para siempre. Fui al colegio e informé a mi hermana que me dio su total conformidad, con la tregua de que la visitase con frecuencia. Les dije a las monjitas que les enviaría el dinero desde allí y también aceptaron la propuesta. Hice mi equipaje y me trasladé a Edimburgo. La historia de los Gallagher ya había caído en el olvido y por eso, nadie me conocía allí. Edimburgo, mi querida ciudad no había cambiado nada.

La casa de los Olneix se encontraba erguida en una de las partes más altas de la ciudad y tenían de todo. Numerosos jardines, salas de té, también para las recepciones, una biblioteca inmensa con montones de libros... aquello me alegraba muchísimo. Alisse era una niña encantadora y yo estaba más satisfecha que nunca en toda mi vida. Los padres de la niña eran muy rectos pero a la vez afables, incluido el servicio siempre me agradecía que cuidase de la niña. Elsie, la primera doncella me regañaba cuando pretendía jugar con Alisse, pero siempre terminaba riéndose y travesando con nosotras.

Llegó un telegrama del sanatorio de mamá. Una deficiente mental había incendiado el edificio y todas las internas habían muerto abrasadas. No podía creerlo, siempre que mi vida se enderezaba había algo en el destino que me lo troncaba. No era nada justo para mí, ni para mi hermana. Nunca fui sincera con ella... le dije que nuestros padres habían muerto poco después de que ella naciese, y ella me creyó. No estaba preparada para contarle la verdad, al menos, no todavía.

Los primeros años viví como interna en casa de los Olneix, pero al llegar el hijo mayor de estos, Monsieur André, a finales de los setenta tuve que buscarme un apartamento en Edimburgo. Y así me encontraba, en mi apartamento sin chimenea cuando me disponía a leer un libro que me recomendó la señora Olneix, se llamaba "Mary: a Fiction", escrito por la célebre Mary Wollstonecraft...